
Perfiles de Juan Rulfo

Al hablar de Juan Rulfo se nos presenta una historia de incógnitas y laberintos, o quizá muchas historias con múltiples introducciones y finales inesperados. Cada vez que lo encuentro me parece más difícil, más humano, más contradictorio al mismo tiempo. Creo que cada día fuma más, mañana y tarde con el cigarrillo entre los labios. El tono de su voz es inconfundible —seco, telúrico—, con ese mismo tono que tienen sus personajes literarios. Lo conozco desde hace más de veinticinco años y siempre me ha dado la impresión de que él mismo es un personaje de *Pedro Páramo*, o de *El Llano en Llamas*; es decir, Juan Rulfo es un personaje de Juan Rulfo. Oscila de las frases más sencillas a la palabra cáustica y de ambiguos significados; va de alguna cita bíblica matizada por voces populares a las capillas en los grandes atrios descritas por algún cronista de las Indias en el siglo XVI.

Además de su cigarrillo, no se puede separar de su vaso de agua mineral. Parece que así se defiende de los demás, que así puede esconder mejor sus pensamientos esenciales o algún sentimiento imprevisible que estuviera a punto de irrumpir. Siempre se queja, ya porque fulano le hizo una trastada en alguna entrevista, ya porque zutano es un *tracalero*; sin embargo, no es difícil descubrir, cuando el oído se acostumbra al tono jalisciense, que en realidad se está burlando de sí mismo, del mundo, de las *politiquerías* de todos los días. Pero no se trata de quejas en voz alta, es como si la muerte —en muchas de sus representaciones— siempre lo acompañara; las quejas esconden lo que se encuentra más allá de esta vida, allá donde las utopías y los infiernos tienen sus génesis y sus apocalipsis, donde sus personajes caminan entre muertos de hace muchos años por algún pueblo abandonado, por algún caserío donde los resucitados recuerdan las historias más antiguas y dicen la última palabra.

Muchas tardes camina por la Avenida Insurgentes, a unas cuantas cuadras de su casa en el sur de la ciudad de México. Camina con despreocupación y habla muy bajo, como la gente de su pueblo de Jalisco. Visita muy seguido las librerías de la colonia San José Insurgentes: siempre compra discos o casetes. Además de la fotografía —Juan Rulfo es un artista de la cámara—, se puede decir que en los últimos años su otra gran afición —la música clásica— lo ha transformado en un musicólogo. Con sencillez, sin pretensiones de ninguna especie, habla de tal partitura de Bach, de tal concierto de Mozart o de los extraordinarios aportes de Gustav Mahler.

Sus itinerarios no están reducidos al sur de la ciudad de México. De cuando en cuando va a Guadalajara o acepta alguna invitación para asistir a un congreso en Madrid o una feria del libro en Buenos Aires. Así como rechaza entrevistas sin la menor duda las acepta con generosidad; todo depende de su estado de ánimo o del buen amigo que lo acompañe. Nunca está dispuesto a dejarse engañar por los bribones

o los oportunistas. Enemigo de la adulación, se exaspera en silencio con los tontos y se burla de los pedantes. Juan Rulfo es siempre Juan Rulfo, aislado, ajeno a las multitudes, gran amigo de sus amigos, seco y solitario, en guardia con los teorizantes y los que quieren pontificar sobre cuestiones literarias o políticas.

Cualquiera que haya escuchado su voz sabe muy bien que nunca la olvidará. Sobre todo cuando lee con maestría su cuento *Y díles que no me maten*. Al recibir el Premio Jalisco, en el teatro Degollado de Guadalajara, leyó ese cuento y quizá, sin quererlo, ganó los más grandes y entusiastas aplausos. Y cada vez que lee un mismo fragmento parece una versión distinta, con esa voz que da la impresión de venir de muy lejos, precisa, sobria, distante y humana al mismo tiempo. En las pocas conferencias que imparte es muy parco, y gusta más de las preguntas, de un verdadero diálogo, que de las intervenciones largas. Con el tiempo se descubre que el autor de *Pedro Páramo* tiene su propia teoría respecto a la literatura, y específicamente sobre la novela y el cuento.

Todos sabemos que Pedro Páramo es un cacique: hijo, nieto, descendiente de caciques que parecen originarse en el fondo de los tiempos. Sin lugar a dudas que la historia entera de México —su estabilidad, sus injusticias, sus grandes fracturas— tienen que ver con el caciquismo. Cada cacique domina una región y el Estado la deja en sus manos para no tener problemas; el cacique es un Estado dentro del Estado. Y eso es Pedro Páramo, piedra en un páramo.

«Yo les recomiendo a mis lectores tres lecturas de la novela, porque la primera parece complicada, pero la tercera lectura tan sencilla, tan simple...» Ha dicho alguna vez Juan Rulfo, sin inmutarse, con ese tono donde se confunde la broma con la seriedad, donde él deja que los demás opinen lo que quiera, que le den vuelo a su imaginación. Asegura que todo creador es un mentiroso: la literatura es mentira, pero de esa mentira sale una recreación de la realidad. Y para Juan Rulfo, recrear la realidad es uno de los principios fundamentales de la creación.

Hay que recordar que *Pedro Páramo* y *El Llano en Llamas* representan un largo camino de la literatura mexicana. Sin las obras de Mariano Azuela, de Agustín Yáñez o de Juan José Arreola, entre otras, no se podría explicar esa trayectoria extraordinaria de la narrativa jalisciense que llega a su cima con Juan Rulfo. Y además de los antecedentes más propios y naturales están las voces de Knut Hamsun, Selma Lagerloff o William Faulkner. Y todavía, para no olvidarnos de otras influencias esenciales, se podrían señalar algunas crónicas de conquistadores o evangelizadores, esa historia de engendros y maravillas que va de Bernal Díaz del Castillo a Fray Bernardino de Sahagún o de Pedro Mártir de Anglería a Fray Bartolomé de las Casas.

Al volver una y otra vez a Pedro Páramo —un rencor vivo que vive entre muertos que no retoñan—, a aquel pueblo abandonado y desértico «sobre las brasas de la tierra, en la mera boca del infierno», a Comala, donde todos los personajes están muertos, Juan Rulfo ha afirmado que el personaje estuvo muchos años en su cabeza, muchos años en su imaginación. No sabía el escritor cómo decirlo, cómo describirlo; era una idea que a lo mejor venía desde su infancia, de ese tiempo que es el más permanente en las mejores páginas de muchos escritores.

Juan Rulfo nació casi al final de la década más violenta de la historia de México —en 1918—, en el sur del estado de Jalisco; nació en una época en que miles de

hectáreas fueron productivas y que ahora están totalmente erosionadas; ahora sólo existen pueblos abandonados porque su gente tuvo que partir a ganarse la vida en otra parte. Muchos de los indocumentados que viven en las regiones fronterizas de Estados Unidos con México salieron de aquellos pueblos solitarios de Jalisco, de aquellas casuchas miserables y de tantas tierras desgastadas.

A pesar de que Rulfo ha insistido en que él nunca ha escrito una literatura testimonial, de que «el personaje Pedro Páramo es una idea mía; yo no puedo trabajar con personajes conocidos, con gentes reales», toda esa recreación, esa reelaboración de una parte de Jalisco y, sobre todo, ese lenguaje traspuesto, reinventado, quiérase o no tiene un antecedente real, ya sea en la narrativa jalisciense de más de medio siglo, ya en la infancia y adolescencia del mismo escritor. Se trata de la recreación de un ambiente que se ha vivido con intensidad, que una y otra vez aparece en los insomnios y en las pesadillas.

Los personajes, el lenguaje, el ambiente rural, han sido construidos por Rulfo conservando un equilibrio magistral. Con estos tres puntos de apoyo —la historia e interioridad del personaje, la recreación de los entornos y las palabras del narrador— el escritor no pierde jamás la dimensión de lo extraordinario. Imaginémoslo hace más de treinta años, con sus noches de desvelo, con sus tardes solitarias, él solo frente a la hoja en blanco y lápiz listo para gozar y sufrir con cada frase; nunca silencia ese temor que lo acecha, que parece morderle las palabras. Balancea su cuerpo pequeño, de apariencia frágil, como si con ese movimiento continuo se ayudara para expresar sus ideas, para escribirlas con más precisión. Una y otra vez vuelve al protagonista —«no dormía, se había olvidado del sueño y del tiempo...»—, rehace sus gestos característicos y la atmósfera, la luz o la oscuridad, todo forma parte de ese personaje; poco a poco adquiere vida propia y el escritor lo sigue sin descanso, toma su propio camino y al fin parece que se ha separado del autor.

Al hablar de los cuentos o de la novela de Rulfo debemos separar la mentira de la falsedad. Una cosa es distorsionar, ennoblecer, magnificar la realidad y otra cosa muy distinta es separar el contenido de la forma; es muy distinto darle vuelta a la realidad que darle la espalda; la falsedad no sólo es la deformación de determinados hechos: es llenar esos hechos de máscaras, de frases ajenas, de atmósferas que nada tienen que ver con la historia de un personaje. Al fin de cuentas se trata de la discusión eterna del contenido y la forma y el verdadero artista —el gran creador que es Rulfo— debe tener siempre presente que jamás debe abandonar sus propias voces, las interiores, las profundas, las intrínsecas.

El escritor jalisciense no es de los que defienda «la gracia de la inspiración»; él sabe muy bien que el asunto de escribir es una cuestión de trabajo. Por eso cada obra, cada cuento, cada capítulo han sido el producto de muchos ires y venires a lo largo de un par de décadas. El conoce perfectamente que cuando el personaje se mueve por sí mismo, cuando de pronto aparece, entonces va surgiendo el peso de cada palabra. No se trata de una copia del lenguaje de la realidad, es la síntesis de un lenguaje recreado. Las voces, los giros, las consejas populares se transforman y se elevan a planos superiores.

Por otro lado, es difícil entablar conversación con la gente de aquellos pueblos del